

La crisis de la Izquierda en el Perú

Marcial Rubio-C. Abogado y profesor universitario peruano. Subdirector del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO). Dirigente del Partido Socialista Revolucionario (PSR). Autor, entre otros libros, de: "Portugal: del Golpe a las Elecciones", "Mitos de la Democracia".

La crisis de la izquierda en el Perú de hoy, es una de crecimiento vertiginoso en el apoyo de masas que puede agostarse por su incapacidad de organizar y representar a casi un tercio del país, que ha votado ya dos veces por ella en los últimos cuatro años.

Su principal problema parece radicar en la fragmentación que impide ver, a sus distintas organizaciones, que son muchos más sus puntos de unión que sus diferencias y, por tanto, de allí su incapacidad para forjar un frente unitario, ágil en la acción y efectivo en la representación nacional, acumulando fuerzas, como una alternativa de poder.

Las opiniones en cuanto a sus posibilidades como movimiento político, simplificadaamente suelen dividirse en dos: de un lado los intelectuales que estudian la política y que parecen inclinarse a diagnosticar sus defectos; de otro, los que hacen la política de izquierda (muchos de ellos también intelectuales) que, como es de esperar, demuestran un optimismo para el largo plazo, que no necesariamente se extrae de las circunstancias. Y entre esta opinión de los que la miran, y esta otra de los que la hacen, la izquierda peruana sigue enfrentando retos, a veces sobreviviendo pírricamente y a veces creciendo hacia lo incierto.

Quién es la izquierda peruana

Desde el punto de vista partidario, la izquierda peruana está nucleada en un frente político que, para todos los efectos prácticos, ha funcionado hasta ahora como una coordinación electoral y de ciertos actos aislados de masas, cuyo nombre es Izquierda Unida (IU).

Formada para las elecciones municipales de noviembre de 1980, luego de una apabullante derrota electoral de la izquierda en junio del mismo año por causas que comentaremos luego, IU reúne a seis partidos o grupos de partidos que conforman un espectro que va desde los que plantean el socialismo nacional como bandera, hasta el Partido Comunista Peruano (vinculado al socialismo soviético) y al Partido Comunista del Perú - Patria Roja (vinculado al socialismo chino). Izquierda Unida es el núcleo partidario significativo y reconocido de la izquierda peruana en el contexto nacional.

Fuera de ella hay varios pequeños partidos trotskistas que tuvieron un momento de inusitadas perspectivas con la masiva votación dada al líder Hugo Blanco en 1978, pero que luego se redujo a mínima expresión, sin poder catalizar en torno suyo una posibilidad orgánica de representación. Los trotskistas tienen tres grupos políticos aparentes y varios otros nominales; no participan en Izquierda Unida y a menudo la critican verbalmente, a pesar de que algunas veces confluyen en sus manifestaciones y actos de masas.

Al margen de estas fuerzas existen otras pequeñas agrupaciones como la Democracia Cristiana que entró en su peor crisis hacia 1980, pero que en los últimos tiempos busca reorganizarse y tomar contactos con la IU, aun cuando subraya sus diferencias con ella, y otros movimientos menores y regionales como el Frente Nacional de Trabajadores y Campesinos, que tiene influencia regional en el sur del país y una pequeña representación parlamentaria.

Fuera de este mosaico de fuerzas y frentes, en los últimos dos años ha aparecido con singular fuerza en la región de la sierra central del Perú (una de las más deprimidas de nuestro ámbito) un grupo guerrillero denominado Sendero Luminoso, cuyos operativos pueden reducirse finalmente a un área territorial claramente delimitada, y a algunas acciones mínimas y esporádicas en la capital de la República.

Sendero Luminoso ha optado por la lucha armada y, en ese sentido, para él están al frente tanto los partidos que ocupan el poder, como los de oposición que participan del sistema político formal, incluida la Izquierda Unida. No obstante ello, el gobierno ha aprovechado la circunstancia para, en base a un mensaje ambiguo, connotar que en realidad toda la izquierda hace terrorismo o lo ampara. Y la Izquierda Unida, tal vez por rezagos de sus años de "iluminismo" (que no están muy lejanos aún), no ha sido capaz de demostrar las indiscutibles diferencias estratégicas y de acción que tiene con Sendero Luminoso, habiendo acusado recibo mas bien del chantaje que significa actuar ante las masas y en el aparato formal, con un duro crítico a su extrema izquierda que la acusa de reformista y de haber contemporizado con los grupos de poder a los que se enfrenta. Esta circunstancia ha facilitado la tarea de obstrucción del gobierno a la acción de la oposición de izquierda, y ha frenado la libertad de maniobra de la propia Izquierda Unida.

El itinerario reciente de izquierda unida

Hasta el año 1977 los grupos que hoy conforman Izquierda Unida carecían de presencia política en el país, vivían constantemente enfrentados en agrias discusiones, y sólo tenían fuerza gremial a través de la Confederación General de Trabajadores del Perú (Partido Comunista Peruano), del Sindicato Unico de Trabajadores de la Educación Peruana (Patria Roja) y de algunos otros gremios menores. La izquierda era equivalente a pequeñas capillas de dirigentes obreros y campesinos elitizados, y de militantes universitarios.

La actual fragmentación de las fuerzas de Izquierda Unida proviene en buena cuenta de esta época, en la que los pleitos entre pequeños liderazgos, las discrepancias entre China y Moscú o muchas veces la diferente interpretación de los textos clásicos, llevaban al surgimiento de un nuevo partido político. No se recuerda acto público de la izquierda o sus gremios en ese entonces, que reuniera más de 3.000 personas. Se hablaba de las masas pero no se las tenía.

Durante el gobierno del general Velasco Alvarado (1968-1975), salvo el Partido Comunista Peruano, la izquierda se puso en oposición beligerante al gobierno, actitud que sólo era perceptible por la fuerza del sindicato magisterial comandado por Patria Roja. Sin embargo, la acción agresivamente reformista del gobierno y el carisma del presidente, produjeron una profunda transformación en la conciencia política de las masas que, aunque incipiente y a la larga inorgánica, cambió el panorama político nacional al incorporarlas activamente a la vida política.

Producido el viraje de gobierno a partir de 1976, en que la dura crisis económica que desde entonces vive el Perú se echó definitivamente en hombros populares, la izquierda se conmovió así misma al realizar un exitoso y magno paro nacional en julio de 1977, que forzó a los militares a hacer un cronograma electoral de transferencia del gobierno.

Las primeras elecciones fueron en junio de 1978, para conformar una Asamblea Constituyente, en la cual cuatro organizaciones de la izquierda, que hoy son Izquierda Unida más los trotskistas, obtenían el 28% de la votación. Hugo Blanco, líder trotskista, llevaba a sus molinos casi el 12% de los votos nacionales.

Este resultado fue un verdadero terremoto en el panorama político peruano y, como resultado de él, la izquierda comenzó a alistar planes para las elecciones presidenciales y parlamentarias de junio de 1980. En síntesis, Hugo Blanco sectarizó las alianzas ayudado por otros líderes, dividiendo ese cuantioso caudal político* entre los revolucionarios (donde Blanco se contaba), y los reformistas (ubicando allí al Partido Socialista Revolucionario y al Partido Comunista Peruano). Es evidente que, para personas que hasta hacía medio año habían hablado de las masas sin tenerlas, y habían hablado de la lucha armada desdeñando lo electoral, el resultado de 1978 era un **shock** polivalente: de un lado los gratificaba con el apoyo de las masas, de otro les producía el sentimiento de culpa de alegrarse por lo electoral; de un lado les hacía apetecible la perspectiva de las elecciones nacionales de 1980 y de otro les recordaba los dogmas elaborados según los cuales, sólo la lucha armada victoriosa daba el poder.

Estas contradicciones y la poca demostración unitaria de los líderes partidarios, determinó que la izquierda se fragmentara en vísperas de las elecciones presiden-

* Para efectos comparativos, el Partido Aprista, primera fuerza electoral en las elecciones de 1978, obtuvo 34% y el Partido Popular Cristiano, segunda fuerza, llegó al 24% de los votos. La izquierda unificada, podría ganar las elecciones de 1980 se dijo entonces.

ciales de junio de 1980 en cinco grupos que, en conjunto, no superaban el 18% de los votos, obteniendo una diminuta representación parlamentaria por efecto de la cifra repartidora.

Esta circunstancia demostró varias cosas, entre ellas, que la derecha y el centro jugaban a elecciones mejor que la izquierda, que el 28% de 1978 no era incondicional y, sobre todo, que la unidad era lo único que garantizaba que la izquierda pudiese ser algo significativo en los procesos electorales. Esto tanto más cuando que a 1980 se llegaba con una creciente desmovilización de masas, fruto previsible de la evolución del proceso político con apertura democrático-representativa, y con lo que la izquierda perdía su capacidad de expresión política tanto en las calles como en las ánforas.

Las elecciones municipales venían en noviembre de 1980 y, contrita, la izquierda de cinco grupos se congregó en Izquierda Unida (excepto los trotskistas) para luchar por un resurgimiento, y las masas volvieron a responderle: a pesar de su escasa propaganda, apabullada por la de otras fuerzas políticas; de la desventaja de la derrota anterior; de competir con líderes antiguos y conocidos, la Izquierda Unida obtuvo un contundente 29% de los votos, y perdió la alcaldía de Lima (que tiene media población electoral del país) por un escaso 5% de diferencia ante el partido de gobierno.

A partir de allí se esperaba que Izquierda Unida avanzara en la unificación de las fuerzas que la componen a través de diversos mecanismos: la elaboración de un programa común que guiara sus acciones y le permitiera representar; la organización de su 30% electoral desde la base hasta la alta dirigencia; el liderazgo de la oposición y la acción de masas enfrentándose a la política vigente, abiertamente antipopular.

Pero de todo ello, Izquierda Unida sólo tiene: su presidente, Alfonso Barrante Lingán, que es la personificación de este proyecto de unidad; por debajo de él un organismo de coordinación de los partidos y fuerzas que componen Izquierda Unida con un representante por cada agrupación; y, debajo, los partidos y unos pocos comités unitarios distritales. El problema es, así, que Izquierda Unida no ha progresado significativamente en su esfuerzo unitario ni ha organizado a su pueblo tras de sí.

La historia reciente demuestra que el pueblo quiere una izquierda unificada, pero que las dirigencias de izquierda no plasman dicha unidad con el dinamismo que sería necesario. Que las masas están dispuestas a apoyarla, pero que es un apoyo volátil por falta de organización y representación. Y, finalmente, que por ser una confederación de partidos, Izquierda Unida será un frente mientras los partidos que la componen quieran (o sientan necesario) seguir juntos, pero que no se está generando ninguna estructura que permita contrarrestar exitosamente el desvarío o el desencanto de uno o más de estos partidos frente a la unidad. En este sentido, Izquierda Unida es hoy algo mucho más real que lo que muchos intelectuales cre-

en, pero es al mismo tiempo germinal y precaria, lo cual encierra la contradicción propia de una crisis de crecimiento.

Tras el telón

La izquierda peruana reconoce que el avance en la unidad no se obtiene con voluntarismo, sino solucionando las diferencias, rezagos y concepciones que están en la antesala, y que impiden un acercamiento decidido y definitivo de los partidos entre sí y con las masas. Destacamos lo principal de ello.

Cuadros y masas

Por sus antecedentes, la izquierda se forjó durante años en el esquema de partido de cuadros. Tenía nostalgia de masas pero prefería la militancia disciplinada y esclarecida ideológicamente hasta el extremo. Alguien dijo, con acierto, que su lema de desarrollo era "pocos, pero buenos".

La apertura hacia lo electoral y el éxito obtenido, significan al mismo tiempo una constatación: hoy la izquierda tiene masas pero no ha desarrollado una praxis para trabajar con ellas; sus cuadros saben trabajar hacia adentro del partido, pero no catalizar apoyos que carecen de la práctica de la militancia disciplinada, y que tampoco tienen claridad ideológica. Corregir en cuatro años estas limitaciones, alentadas y desarrolladas por años, es prácticamente imposible.

De estas carencias están asidos los críticos de Izquierda Unida y tienen razón en el corto plazo, aunque pueden padecer de miopía en el largo. Nadie puede asegurar que los partidos de cargo que conforman Izquierda Unida se conviertan exitosamente en partidos de masas con cuadros (bajo cualquiera de las diversas formas que se reconocen para ello), pero una cosa es evidente: la izquierda peruana ya tiene el problema planteado y lucha por resolverlo.

Lo dogmático

Otro tema tras el telón de la unidad es la inveterada costumbre del dogma libresco. Forjada por muchos años a base de las élites dirigenciales de los gremios y del movimiento estudiantil, la izquierda peruana tuvo más de una división porque dos líderes leían traducciones distintas de los textos clásicos. El proyecto, el programa, el slogan, salían de los libros y no de la realidad.

Hoy la izquierda peruana se plantea crecientemente, como proyecto, el socialismo nacional. El asunto está aún en discusión, pero la tendencia es que esta concepción predomine. Sin embargo sus propugnadores, en muchos casos, sólo tienen una intuición de lo que socialismo nacional significa y al mismo tiempo, sufren el chantaje permanente de su antigua formación dogmática, chantaje acicateado por los que todavía no la abandonaron.

Resucitado a las masas de su reclusión en la memoria de los intelectuales y de quienes lo conocieron, Mariátegui preside el pensamiento que expresa Izquierda Unida. Pero aún falta incorporar en la praxis cotidiana actual, mucho de lo que Mariátegui aplicó en su vida de hace medio siglo, para que Izquierda Unida logre hacer un programa común y llegue a representar los anhelos poco ideologizados de las masas.

La lucha armada y el reformismo

Sería interesante saber si la izquierda, durante largos años, habló de la lucha armada como vía exclusiva y excluyente de la toma de poder porque carecía de masas, o si carecía de masas porque sólo hablaba de la lucha armada. Probablemente, como casi todo en el mundo, ambas cosas se alimentaron mutuamente pero el hecho es que durante muchísimos años (y para muchos de la izquierda aún hoy), el asunto de la lucha armada es artículo de fe y de principio, que divide lo bueno de lo malo, lo correcto de lo incorrecto, lo que tiene perspectiva de lo que no la tiene. Como es evidente, en un país con bajísimo grado de conciencia política por las estructuras oligárquicas existentes hasta hace una década, semejante forma de pensar y actuar aislaba a la izquierda de todo posible contacto fructífero con las masas y, en consecuencia, con el poder político.

Es en los últimos tres o cuatro años que la izquierda peruana empieza a debatir la posibilidad de que el poder sea un fenómeno social total, que implica fuerza pero también arraigo en las masas, que requiere de organización pero también de ese apoyo al modo de los amplios sectores sociales. Y lo cierto, para darle razón a la dialéctica, es que la izquierda desempolvó a Gramsci luego de su éxito electoral de 1978, y no al revés (lo que, de paso, debiera enseñar a muchos que tampoco a Gramsci hay que tomarlo dogmáticamente, como ya ocurre con frecuencia).

El proceso de evolución del pensamiento no ha concluido, ni es universal en la izquierda. Y no hablamos de Sendero Luminoso, sino de muchos militantes y cuadros de los actuales partidos de Izquierda Unida que, durante muchos años, fueron formados en el dogma verbal de la lucha armada como única solución, y en excluir todo lo demás como reformismo, o cosa aún peor.

Nadie puede decir que triunfe una visión más integradora y madura de la concepción del quehacer político, o que estos atisbos de redefinición se frustren y se regrese a concepciones dogmáticas. Evidentemente, ello no depende de clarificar ideas, sino de un conjunto de factores que vayan modelando el quehacer, la representatividad y, por allí, el pensamiento de la izquierda peruana. Pero lo cierto es que el problema, no sin complejo de culpa para algunos, ya está planteado y se debate.

Estos son, tal vez, los temas centrales que se discuten en el trasfondo de este incierto camino que sigue la izquierda peruana. Para quienes estamos dentro de

ella es un poco difícil tener objetividad y deslindar los deseos de lo que razonablemente puede esperarse, seamos optimistas o pesimistas (porque en verdad, existen de las dos layas). Pero el itinerario de los últimos años, y los temas que hoy obran sobre el tapete, permiten afirmar que la izquierda ha avanzado significativamente en el Perú. Puede ser que se estanque o retroceda, pero, también parece indiscutible que los retos que se le presentan hoy no son mayores que los que empezó a superar exitosamente en 1977, cuando rectificó errores consuetudinarios de los años previos.